

*Discurso de contestación al ingreso de don Víctor
Escribano Ucelay, redactado por el director de la Aca-
demia, don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.*

Me depara la suerte recibir en nombre de nuestra centenaria Academia a don Víctor Escribano Ucelay, quien desde hace veinte años es arquitecto municipal en la ciudad.

Y es suerte recibirlo no en el sentido numérico o de azar, sino en el peyorativo, porque en lo personal y en lo profesional, en el "yo" y la circunstancia del filósofo, el señor Escribano es una verdadera adquisición para la Academia, como lo fuera para Córdoba.

Ello radica en que don Víctor Escribano es una mente lúcida y despierta, abierta a todas las inquietudes intelectuales, es de temperamento dinámico y trabajador y su radicación en tierra cordobesa, donde ha formado hogar virtuoso y prolífico, le han dado pleno derecho de ciudadanía entre nosotros, que lleva camino de convertirse en patriciado.

En tierras granadinas se ha formado la prosapia de los Escribanos, con su padre, un ilustre médico militar y su tío, profesor y decano de aquella Facultad de Medicina en la que destacó, aparte su cientifismo y su técnica clínica, en esa rama del saber, que en nuestros días ha formado toda una escuela española, integrada por Marañón, Blanco Soler, López Ibor y análogos, caracterizada por una entrañable ligazón entre la ciencia médica y el humanismo más puro y biológico, cuya rama clasifica a quienes la cultivan en verdaderos sacerdotes o arúspices del humano saber.

Nuestro nuevo académico nace en Madrid y en los centros docentes de la Corte hace su formación cultural; y la guerra, la trágica y salvadora guerra española del 36 forja su juventud y sus primeros pasos profesionales.

Con estos perfiles queda enmarcada la figura de Escribano Ucelay, que en el año 1940 viene a Córdoba y aquí se queda.

La faceta profesional del recipiendario, la Arquitectura, le coloca junto a uno de los corazones más sensibles de la ciudad, porque en su historia urbana Córdoba sigue dando la pulsación de los siglos, y en las cimentaciones de nuevos edificios, en las modernas edificaciones de carácter universal que hoy se plasman, casi a diario, el arquitecto muni-

cipal revisa y repasa la vida pasada de la urbe cordobesa, alumbrando piezas arqueológicas sepultadas, atisba y descubre el vivir de las generaciones pasadas, y conforma y renace el devenir urbano que se le tiene confiado.

Para un espíritu ávido de conocer, el desempeño de la tarea profesional que Escribano Ucelay tiene encomendada no es la fría tramitación técnica de obras y proyectos o la vigilancia policiaca de las construcciones urbanas, sino la percepción diaria y viva, de aquel pulsar de los siglos que he dejado reseñado y que viene a dar la síntesis de lo que Córdoba y los cordobeses han sido en la Historia y pueden llegar a ser en el porvenir.

Porque no es el azar quien determinó el emplazamiento de Córdoba, ni su creación y desarrollo sucesivos, ni sus momentos cumbres en la historia, ni su patriciado solemne, ni su maternidad jugosa y fértil, sino que todo ello es producto de factores geográficos y climáticos, de influjos telúricos que aún no precisamos bien, de condensaciones humanas y sociales, de complejos cuya casualidad y consecuencias dan como resultado una floración urbana y una fructificación individual características y precisas.

Recordemos el clásico ejemplo del modelo de hogar que el hombre fragua según viva en país norteño y frío, o en país meridional y cálido. En el primer caso hará una casa de fuego, o sea todo girará alrededor del hogar, y el fuego de la chimenea será el núcleo que cristalliza todas las actividades de la casa. En el sur, el núcleo es el patio que dá sombra y frescura y en cuyo centro una fuente o surtidor constituye el eje ideal a cuyo alrededor gira la existencia de la familia.

Cualquier consideración general de este tipo va imprimiendo carácter a la vivienda y a la ciudad como conjunto de ellas, de donde procede la facies particular de las viejas ciudades, cada una con su aspecto típico e individual.

Al estudiar la urbanización de la Córdoba medieval, Escribano Ucelay, que ha calado hondo en la estructura de la urbe vieja, sienta la declaración fundamental de la romanidad de sus líneas generales.

Ciertamente, los cimientos de Córdoba son romanos, tanto en lo material como en lo espiritual. El legado preromano se esfuma en la solidez de la creación de la Colonia Patricia, y para siempre esta será el molde del futuro urbano cordobés.

Cuando el arado romano del fundador trazó el perímetro de la urbs quadrata, y sobre esa línea se levantaron las poderosas murallas de su cerca, y dentro se señaló el clásico trazado viario de la Via Decumana

y el Cardo Máximo, había sido creada una ciudad que después de dos mil años sigue aquellas directrices fundamentales.

Otros momentos cruciales de la urbe cordobesa podrían aumentar y aún modificar ligeramente aquel trazado, pero la perennidad romana seguiría indemne. Todavía, hoy, a los veinte siglos de la creación, cuando los medios modernos de construcción exigen profundas excavaciones del subsuelo cordobés, lo que aparece siempre, sistemáticamente, como una obsesión, es el estrato romano, la construcción romana, los restos romanos. Capiteles y columnas, mosaicos, lápidas y estatuas, siguen alumbrando los excavadores de la tierra urbana de Córdoba, con gran predominio sobre cualquier otra época.

Cuando la dominación árabe se enseñorea de Córdoba, son los conquistadores quienes se adaptan a la forma y modo de la ciudad. Las murallas y sus torres, el puente y los molinos, los mercados y baños, las casas particulares, todo es romano, porque lo que llamamos visigodo, aquí tan romano como el más legítimo de los herederos, sigue la línea clásica, que es la que caracteriza las artes de los nuevos habitantes de la urbe, por lejanos que sean, y la que ha de marcar indeleblemente sus producciones nuevas.

Los viajeros orientales se extrañan de las maneras y modos urbanos de Córdoba. Los califas, dice uno, son muy aficionados a las piezas de los paganos; y en cada patio de Medina al Zahra aparece un magnífico sarcófago romano como pila de fuente, y entronizada en su puerta principal colocan una estatua femenina, seguramente una Venus romana. Los baños públicos tienen estatuas y pintura, porque son los mismos romanos. Las casas particulares, con su patio bético o impluvium, su jardín interior o viridarium, sus habitaciones pintadas en estilo pompeyano, son la sorpresa del visitante. La misma Mezquita, lección viva de la evolución urbana cordobesa, se construye primitivamente con elementos romanos y postromanos. Roma, dice simbólicamente Torres Balbás, llega en Córdoba hasta el fin del Califato. Los renacentistas, Ambrosio de Morales entre nosotros, sostienen enfáticamente, que las ruinas de Medina al Zahra, por su gran aire imperial y la solidez de sus construcciones, son obra de Claudio Marcelo, justificando así su nombre popular de Córdoba la Vieja.

Sobre la creación madre, los grandes momentos de Córdoba muerden y transforman. Nuestro nuevo compañero va señalando sagazmente las nuevas técnicas urbanas del Califato, que la historia local va anotando cuidadosamente. El puente se reconstruye, los recintos amurallados se amplían, aparecen lujosos alcázares y arrabales populosos, y para las

apremiantes necesidades de la capital de un vasto imperio que es la Córdoba del siglo X, se imponen exigencias urbanísticas necesarias.

Las conducciones de agua para abastecer la urbe, que aún perduran, son obra de ingeniería hidráulica de alta técnica. El acueducto que trae a la ciudad las aguas del Bejarano y Escravita, tras dejar bien abastecida Medina al Zahra, como el que aporta a los barrios orientales las aguas del Guadalbarbo, por cima de Alcolea y la captación de los manantiales serranos y las norias y molinos innumerables sobre todo cauce y posible corriente, dan materia arqueológica de estudio y consideración y demuestran la gran preocupación de los habitantes de Córdoba medieval por abastecerse de agua abundante.

En otras ocasiones hemos señalado la actual preocupación de los labriegos cordobeses que irrigan los campos a poniente de la ciudad, porque constantemente se les va el agua de sus regueras y almatriches a coladeros en la tierra, que son los viejos pozos de los arrabales occidentales o las antiguas conducciones de aguas o las cloacas y alcantarillados de las barriadas musulmanas de otros siglos, que luego volvieron a ser tierras labrantías, pero cuyos vestigios afloran por doquier.

Los avances de urbanística que la técnica de los tiempos califales empleó en su capital, al aparecer otra vez ante nuestros ojos mueven a sorpresa y esto lo recoge nuestro nuevo compañero señor Escribano, que con tanta ocasión puede admirarlos.

Antes he citado los restos de acueductos y abastecimiento de aguas potables en general, que para la gran ciudad califal debió ser principal problema público, como lo sigue siendo en nuestros tiempos, con mucho menor número de habitantes. Pero, la red de alcantarillado para expulsión de los residuales, es no menos admirable y siempre ha llamado la atención de los técnicos.

En los últimos siglos, en que el hediondo sistema del pozo negro sustituyó la perdida red de alcantarillado, los maestros de obras buscaban siempre un caño viejo, "una madre vieja", donde echar la residual, porque por allí se tragaba todo. Ciertamente el espléndido alcantarillado árabe de Córdoba, que debió suceder a viejas cloacas romanas, de amplias galerías de más de un metro de altas, perfectamente visitables, constituye un alarde de técnica. Cuando en los tiempos de la Dictadura, por la década del veinte de nuestro siglo, se acometió en Córdoba ampliamente la construcción de una red higiénica y nueva de alcantarillado, fueron muchos los sectores de la ciudad en que se rompieron las viejas conducciones de sillares para colocar los nuevos tubos de cemento impermeables. Nosotros vimos en algunas calles del barrio de la Ju-

dería colocar simplemente el tubo de cemento en el lecho del viejo alcantarillado musulmán. En Medina al Zahra la red de alcantarillado es admirable. También es visitable, y en ella hemos recojido algunas veces, al limpiar las conducciones, restos arqueológicos, como cerámicas, vestigios de cota de malla, etc. Todo ello son los viejos "caños de los moros" de que hablan los viejos y que salen a relucir en documentaciones de pasados tiempos.

La perfección urbanística de la Córdoba medieval que ha estudiado Escribano Ucelay la dan además las pavimentaciones, en las que se buscaba el efecto artístico en la combinación de piedras de diverso colorido, lo que ha motivado imitaciones modernas y constituye el dato histórico, corriente en las historias generales, de que habiendo pavimentado toda la ciudad Abderrahman II en la mitad del siglo IX, Córdoba gozó esta mejora urbana mucho tiempo antes que París, que no lo tuvo hasta el siglo XIII.

Refinamientos de urbanización, como la vigilancia nocturna —los clásicos serenos—, la iluminación artificial, los toldos para mitigar los ardores del sol estival, y otras muchas perfecciones, se utilizaban largamente en la Córdoba califal.

Hay autores árabes que citan la iluminación artificial de las grandes avenidas que iban de Medina Záhira al oriente hasta Medina al Zahra al occidente, en un trayecto de diez millas, que hacían relucir la ciudad de noche como un ascua de oro. En "El Conde Lucanor", que recoge algunas leyendas o tradiciones históricas de tiempos moros, se recoge ésta en un sueño que vuelve a ver Córdoba brillantemente iluminada como en tiempos islámicos.

Los toldos o velas como dicen en Andalucía baja, en algunos lugares públicos llegaron a adquirir proporciones colosales. Recientemente ha estudiado técnicamente el arquitecto don Félix Hernández el toldo o *zul-la* que hubo en el gran patio de la Mezquita Aljama, con motivo de los soportes o agarres que debió tener su gran extensión. Hay cronistas que describe el toldo que se tendía a todo lo largo del camino de Córdoba a Medina al Zahra, que es aproximadamente una legua o cinco kilómetros, que era de seda roja cuando pasaba el Califa y de seda rosa cuando iban solo sus mujeres.

Los abundantes retretes en Medina al Zahra, su abastecimiento constante de agua corriente, los baños personales, aparte los establecimientos públicos y otros detalles de indumentaria y cosmética dan idea del culto a la higiene que tuvo la Córdoba medieval, tan sagazmente evocada por Escribano en su discurso de ingreso.

Aquella gran ciudad que fué Córdoba, como capital de un vasto imperio, provista de mezquitas y baños en cada barrio, de iglesias cristianas también en la mayoría de ellos, así como de numerosos monasterios en sus alrededores y en la Sierra, es lógico que fuera el pasmo de sus visitantes y que se le dedicaran los más soberbios elogios.

Como resumen de su emporio, tuvo dos aspectos que se deben recalcar: el militar y el artístico.

Cierto que el sistema medieval de reclutamiento no exigía el mantenimiento constante de grandes efectivos militares, puesto que cada cora o provincia, cada gobernador o cada aliado, tenían presto el suyo que muchas veces se incorporaba al grueso del ejército por el camino de la campaña. Pero de todos modos, la reunión de efectivos bélicos en grandes campamentos sentó la necesidad de crearlos con carácter de permanencia y fué bien conocido el Fahs alsurádik o campamento de las tiendas reales, que debió estar por el Marrubial, el más famoso en tiempos califales. Almanzor estableció otro en Rabanales, que conservaba este nombre latino, y del que se ha podido ubicar incluso su cementerio especial. Las dos grandes alas de Medina al Zahra, respaldadas por los lienzos de muralla oriental y occidental, eran alojamientos militares para infantería y caballería respectivamente, porque es bien conocido que el chund del Califa lo constituían doce mil hombres de servicio permanente. Desde los primeros tiempos de la dinastía omeya, Alhaquem I, en la primera mitad del siglo IX, construyó a las puertas del Alcázar de Córdoba unas grandes cuadras donde constantemente tenía dos mil caballos dispuestos a salir de campaña al menor aviso.

Las construcciones que esto requería, incluso el almacenaje de la intendencia, debieron ser extraordinarios. Nosotros hemos visto, invitados por el entonces jefe de Estado Mayor de la Plaza, don Vicente García Figueras, en lo que ahora son grandes depósitos de material de Intendencia e Ingeniería militar, en la estación férrea del Higuerón, inmediata a Córdoba, la cimentación de unos grandes muros de sillería califal, formando largas naves de más de cien metros de longitud, que verosimilmente fueron almacenes militares de aquella época. También hemos visto análoga construcción a la izquierda de la carretera de la Albaida, donde tuvimos nuestro laboratorio biológico, y siempre supusimos igual destino a los restos hallados.

Pero debemos terminar nuestro comentario al bello discurso sobre urbanización de la Córdoba califal que acabáis de oír, recordando los primores artísticos en trabajos de artesanía de los metales, de la cerámica, de la madera, del cuero, de la joyería y de tantas otras manipu-

laciones de técnica artística que produjeron joyas que guardan los museos mundiales como únicas y geniales. Recordemos las series de los marfiles, de los tiraces, de los guadameciles, de los bronces, de los manuscritos. Arrabales enteros caracterizaban estas manufacturas, que exportaba la capital del Califato a lejanos países.

A nuestros días llegó casi intacta en sus líneas generales, para orgullo de la Córdoba de todos los tiempos, la gran Mezquita Aljama y si las grandes creaciones palaciegas solo nos han legado la ingente mole de sus ruinas, es porque ellos mismos las arruinaron y asolaron, y cuando San Fernando reconquistó la ciudad eran ya un recuerdo del pasado aquellos palacios que fueron lo mejor que se hizo en el mundo árabe por la feliz conjunción de la fantasía oriental al creador espíritu de Occidente.

El hecho de que todo ese arte fuese formado aquí en Córdoba, como herencia del arte clásico y aportaciones del mundo de su tiempo, ya fué señalado por los mejores tratadistas del siglo pasado. No habrá que recordar la generación de los Amador de los Ríos, de Lampérez, del gran maestro Gómez Moreno, afortunadamente vivo aún entre nosotros, para saber que la herencia, por lo demás rica y suntuosa, del arte latino-bizantino, hoy mal llamado visigodo, no hizo sino continuar evolucionando para transformarse en el árabe-bizantino como su hijo más natural, al que hoy llamamos "arte del Califato". Es posible que el autor de este bautizo fuera el gran arquitecto don Ricardo Velázquez Bosco, afortunado y genial restaurador de nuestra gran Mezquita desde el año 1890 hasta su fallecimiento en 1923. La obra de Velázquez Bosco acaso no ha sido todavía suficientemente alabada. Las líneas generales de nuestro primer monumento, la paciente y maravillosa labor de las portadas exteriores, los artesonados y tantos otros detalles de restauración de la Mezquita Aljama, a él se deben, auxiliado por la generación de artistas cordobeses de su tiempo, especialmente por Inurria, que tanto trabajó en la talla de los atauriques y los Romero de Torres y tantos otros. Hasta hace poco que hemos tenido ocasión de conocer el discurso de contestación académica que hizo don Ricardo a la recepción del Excmo. Sr. D. Guillermo de Osma, Conde de Valencia de Don Juan, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en mayo de 1909, no hemos conocido íntegramente el concepto del que fué director de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, sobre los orígenes del arte califal, como evolución del arte clásico. No se necesitaban las opiniones de los extranjeros Mále, Migeon, Lambert, Kingsley Porter y otros, por lo demás tan luminosas y eruditas, para que aquí en España se tuviera por

cierto que el arte del siglo X en Córdoba, con tanta repercusión de una parte hacia los países islámicos, y de otra sobre el mundo cristiano, con reflejos brillantes sobre el románico y el gótico, tuviera sus más ilustres antepasados en el arte clásico de Grecia y Roma. Alarifes y artistas bizantinos, alejandrinos, sirios, vinieron a España a colaborar con los maestros españoles que conservaban, desarrollaban y abrillantaban la tradición artística y por modo superlativo la arquitectural de siglos anteriores. Pero digamos además que en esta aportación moderna de españoles y extranjeros en general, al mejor esclarecimiento del origen de nuestro arte califal, nadie mejor que los mismos hispano-árabes sus contemporáneos, para definirlo. Idrisi, recogiendo opiniones más antiguas, dice que los arcos de la Mezquita están inspirados en una tradición local antigua, y que la construcción típica es a la manera de los godos, y en otros lugares dicen otros, a la manera de los rumíes, de los romanos, es decir de los cristianos. Desde entonces acá sigue descubriéndose la teoría renovadamente, y en esas etapas Velázquez Bosco tiene un papel esencial, que fué el que le llevó a gestionar con insistencia cerca del Gobierno, que se hicieran excavaciones en Medina al Zahra, hasta que lo consiguió en 1910. Valga este recuerdo a un arquitecto ilustre, hoy que la Academia cordobesa se honra con la recepción de otro profesional del mismo arte científico.

El académico recibido hoy nos ha planteado el problema del número de habitantes que llegó a contar la Córdoba califal, discutido problema de nuestros días en el que nuestra pluma discurre con frecuencia. Los términos son los siguientes. Según los cronistas árabes, y en otros lugares aportamos la necesaria bibliografía, la Córdoba de Abderrahman III, en la primera mitad del siglo X llegó a contar medio millón de habitantes y la Córdoba de la segunda mitad de esa centuria, en tiempos de Almanzor, alcanzó el millón, citándose especialmente el censo que hizo el gran regente, el número de casas, barriadas y habitantes totales de la gran urbe. Modernamente, y con el recelo lógico hacia las cifras de lejanos historiadores, se ha creído fantástica la cifra. Carande sostuvo que la Córdoba califal alcanzaría los 160.000 habitantes, "menos que la Sevilla contemporánea". Torres Balbás, que ha estudiado mucho este factor aplicado en general a las ciudades hispano musulmanas y tomando como base el índice de habitantes por unidad de superficie, ha medido la Córdoba de nuestros días y ha deducido que en los tiempos califales alcanzaría los cien mil habitantes. Y así otros autores. Estos cálculos fallan por su base. La Córdoba de nuestros días ciertamente podría albergar dentro de su perímetro el número dicho, refiriéndonos a la Cór-

doba de la primera mitad de nuestro siglo. Pero ya decimos que el cálculo no es lógico. La Córdoba califal tuvo una extensión de la que hoy empezamos a darnos idea aproximada. Las diez millas que antes recordábamos, desde Medina Záhira a Medina al Zahra, con todos sus intermedios poblados, es ciertamente diez veces superior a la Córdoba de principios del siglo XX. Las doscientas mil y pico de casas que contó el censo de Almanzor, no son las cinco mil de la urbe decimonónica. Los índices aplicados nos dan la cifra correcta.

Nuestro nuevo compañero, al rozar el problema, comparte esta opinión moderna de su sabio colega Torres Balbás con duda, y luego hace un recorrido de las barriadas que él conoce de población arruinada, cuyos vestigios ha visto en el subsuelo y tiene sus dudas.

Ciertamente, como tantas otras noticias calificadas de fantasías, como lo fueron, por ejemplo, las descripciones de Medina al Zahra, antes de iniciarse su excavación, posteriormente se ha comprobado su exactitud. Si nuestra gran Mezquita no estuviera en pie, también se creerían fantásticas sus dimensiones y descripciones. Nosotros sostenemos la veracidad de los datos originales y emplazamos al tiempo que irá demostrando su certeza.

El discurso de don Víctor Escribano Ucelay tiene una segunda parte, actual y jugosa, en la que su saber y técnica de profesional joven le llevan a terrenos en que se combinan felizmente las realidades urbanísticas actuales y las posibilidades que el mundo moderno emprende y ensueña en urbanizaciones futuras.

El concepto ideal de urbe, el número adecuado de sus habitantes, su distribución armoniosa, sus servicios públicos, las necesidades domésticas, las zonas de una ciudad moderna, residenciales, industriales, comerciales, el vertiginoso problema del tráfico, todo lo pasa en su discurso ante la vista y oídos del espectador, con sugerencias gráciles y luminosas.

Nos dejamos llevar como niños ilusionados por ese desfile de conceptos y posibilidades técnicas, muchas de las cuales ya las vemos plasmadas, como la higienización urbana que ha desterrado tantas endemias, la iluminación artificial que hace tantas maravillas, la comodidad del apartamiento moderno que dá a cada persona, y en España por admirable obra de gobierno, el derecho a vivienda sana y alegre que nuestra generación disfruta, y tantos otros aspectos del problema urbanístico, que tiende a transformar cada población moderna en una ensoñada ciudad de las mil y una noches.

Sólo tenemos aplauso y estímulo para todo avance en ese sentido,

que Escribano Ucelay en su discurso, estudia y muestra con la maestría del profesional celoso de su cometido y lleno de amor a sus semejantes, porque en este aspecto urbanístico, el técnico necesita tener también un mucho de apóstol y de poeta.

Y, por dichoso azar, que no es sino fruto de una reflexión continuada en el desempeño de su arte bella, nuestro nuevo compañero combina en su discurso dos temas al parecer tan dispares, como el estudio histórico de la vieja ciudad cordobesa, y los modernos estudios urbanísticos, que tantas veces parecen entrar en colisión con la vejez. Es la eterna lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre la abuela y la nieta, entre lo que muere y lo que nace.

Pero, aquí de la comprensión y del respeto. Lo viejo y lo nuevo tienen su derecho respectivo y ambos derechos hay que respetar. Ya todos los que han estudiado el problema y aún todas las legislaciones urbanísticas de los viejos países, han proclamado el respeto a lo viejo. Aquel criterio secular de que el príncipe nuevo había de derribar lo del anterior, aunque fuere su padre mismo, para que no se eclipsara su incipiente obra ha sido rebasado. Hoy lo viejo se conserva con delicadeza y primor, y ello no empece para que amemos lo nuevo y deseemos el progreso. La ley vital del progreso no hay quien la pare, no debe ser parada de ninguna manera.

En urbanística, esto se consigue, respetando las viejas ciudades, conservando y aún acrecentando su fisonomía y levantando más o menos a su lado, las nuevas y progresivas barriadas, en las que toda modernidad tenga asiento y desarrollo.

Como viejo habitante de ciudad vieja, yo tenía cierta prevención hacia las nuevas construcciones. Las bellas casas solariegas, los rigores del clima, el silencio, la casa unipersonal con jardín y patio, paraíso de todo andaluz, nos atraían y cautivaban. Confesamos que los primeros intentos de casas-colmenas que conocíamos, las rechazábamos in toto. Nos hemos reconciliado desde que vimos las reconstrucciones maravillosas de las ciudades alemanas arrasadas por la última guerra. Los inmensos edificios de cemento y cristal, alegres jaulas de día, espléndidas luciérnagas de noche, nos cautivaron. A nuestro lado mismo, Sevilla, Jerez, Ferrol, Huelva, tanta y tanta ciudad española que en las últimas décadas ha entrado en urbanismo moderno, con barriadas higiénicas y alegres, son atractivo y admiración de cualquiera, por el despliegue de posibilidades técnicas que en ellas se aplican.

Aquí mismo en Córdoba, el Sector Sur es ya una espléndida realidad, y sus modernidades, timbre de gloria para la ciudad, para las auto-

ridades que lo planearon y para los intérpretes de la realización. Córdoba, además, y lo hemos proclamado en muchas ocasiones, tiene abiertos a su desarrollo urbano los cuatro puntos cardinales, y por ellos debe derramarse su población creciente, que en nuestra misma generación ha visto triplicar su censo (nosotros nacimos en una Córdoba de 60.000 habitantes y hoy tiene los 200.000) y ha visto transformar la vieja casona en el alegre piso dotado de todas las comodidades imaginables.

Pero ello no quiere decir que deba ser arrasada la ciudad vieja y sobre su ruina hacer el milagro urbanístico, como ingenuamente opinó el criterio concejil del pasado siglo, y aún opinan espíritus fósiles. No. La ciudad vieja hay que cuidarla y mimarla, como se cuida la abuela, como se veneran sus sedas y sus joyas, como se escucha su consejo y se atiende su ruego. La ciudad vieja, que afortunadamente tiene su legislación protectora, tenemos el sagrado deber de entregarla a las generaciones venideras más arreglada, más cuidada y más respetada que nosotros la recibimos.

En este aspecto el señor Escribano ocupa un puesto oficial que es clave del problema y, efectivamente, cuando ha restaurado o proyectado la renovación de las viejas plazuelas y jardines, ha hecho verdaderos primores. El jardín de las Dueñas, el vasto recinto del Campo de la Merced, la restauración del Alcázar cristiano y tantas otras afortunadas reformas nos muestran que ha sentido el alma de la vieja ciudad y la ha incorporado a su programa de técnico adelantado y fino.

Cuando tuvo que hacer de prisa y corriendo el año 1946, aquel pueblo moro en que se instaló la Exposición de Arte Marroquí, inspiración feliz de un cordobés añorante de su patria, don Víctor Escribano hizo un canto urbano, una joya histórica, una preciosidad para propios y extraños, que debió perdurar y constituir núcleo de expansión turística y comercial para la Córdoba del porvenir. Pero la obra de Escribano fue encantadora, aunque el hado quiso que fuese efímera.

En sus realizaciones, Escribano Ucelay no es solo un arquitecto ejemplar por su laboriosidad, sus conocimientos y su inspiración artística. Es también, y seguramente para toda su vida, un cordobés más, de adopción primero y de conquista después de afectos y corazones, y con tantos y entrañables lazos, públicos y privados, familiares y amicales, sociales y culturales, la Academia adquiere un cofrade, porque más que compañero es hermano, en el querer actual y en el devenir ensoñado de los afanes cordobeses.

He dicho.

